

establo, y cómo los ángeles esperan.—A la elevación: contempla á Jesús nacido niño, adórale con acto de fe, esperanza y caridad; y asómbrate de la suma pobreza; hasta la Comunión.—Puesto delante del pesebre con la Virgen Santísima, pídele licencia para meter al infante Jesús en la camita de tu corazón: tómale en tus manos, abrázale con grande afecto, ofrécele á Dios Padre, da gracias, ora y tenle asido: Señor no os dejaré si no me concedéis esto y esto, etc.

„*En tomando la comida*, figúrate como si vieses á Cristo con sus discípulos, y qué maneras usa, y procura imitarle. O considera la hiel de Cristo, ó que tienes en tu corazón á Cristo recién nacido, y que te pide alimento; aliméntale, pues, dejando para él lo mejor ¹.„

Tal era el orden y práctica que usaba en sus obras, conforme le habían enseñado los ejemplos de los santos, los avisos de los superiores y el espíritu de Dios que le gobernaba. Este ejercicio tenía por norma principal, en él su blanco y su mira, en él su apoyo y apercibimiento, en él su firmeza y amparo, su dicha y seguridad. Nunca de esta norma se torció; el pasmo sobre toda opinión, bastante á canonizar su vida, es cómo anduvo siempre con tanto advertimiento en guardar las industrias prescritas, siempre con nuevo primor, sin faltar una tilde, no flaqueando, ni descaeciendo, sino gastando y consumiendo los acceros de sus potencias en éstas á los ojos de los tibios pequeñeces ó nimiedades.

¹ Proc. rom., pág. 341.



CAPÍTULO V.

PASA Á ESCOLAR APROBADO.

- I. Los votos simples.—Cómo se dispuso para hacerlos.—Se lo participa á su padre.—Ceremonia de los votos del bienio.
- II. Fundación del Colegio de Amberes.—Le destinan al dicho Colegio.—El Padre Rector le prueba.—Cómo satisface á las pruebas.—Testimonio del Padre Rector.—Le dan orden de ir á Roma.—Despedida.
- III. Carta al P. Sucquet llena de humilde gratitud.

I

PROPIO es y peculiar de la Compañía de Jesús poseer una clase media entre novicios y profesos, en que se incorporan los novicios concluido el noviciado. Al unirse á la religión con propio y verdadero vínculo, no por eso se establecen en el último grado de unión íntima y perfecta de que son capaces con el cuerpo de la Compañía; todavía permanecen para con ella como en estado de prueba. Tal es el grado de *Escolares aprobados*. Y siendo cosa averiguada que la solemnidad no es á los votos religiosos necesaria ni parte esencial de su substancia, viene á ser también mucha verdad que los votos simples usados en la Compañía, ligan y enlazan á los contrayentes con obligación estable y firmísima, si bien no

tan perfectamente que no le quede facultad á la religión, en los casos previstos por el Instituto, para anular semejantes promesas, dejando á los que las hicieron, libres de toda traba.

El tiempo de la segunda probación expiró para nuestro santo novicio. La Compañía, en cuatro tiempos diversos, á 29 de Diciembre del año 16, á 24 de Junio del 17, á 4 de Febrero y 5 de Julio del 18, ha visto con satisfacción firmada de mano de su candidato la resolución de vivir y morir en su seno, sea cual fuere el grado y empleo en que le quieran poner. Todo ha procedido con previo conocimiento y seria consideración de las Bulas y Constituciones del Instituto. La última formalidad está también evacuada; el rector ha convocado consulta para saber de los Padres graves si juzgan al joven novicio por merecedor de los votos del bienio: la respuesta no podía ser más concorde, pues ha sido notorio lo divinamente que probó en el curso de estos dos años, y sobrepujando en perfección á todos sus connovicios y aun adelantándose á los provecos, ha colmado la tasa de la perfección requerida.

¿Quién podrá, pues, con la consideración ponderar los afectos que brotaron en su pecho, cuando llamándole el superior le intimó que se preparase para hacer presto los votos? Menester fuera penetrar la fuerza de aquellas represadas ansias con que tanto tiempo había suspirado por el día del sacrificio. Afortunadamente de esa dificultad nos ha sacado su misma pluma en la carta dirigida á su padre, donde con divina elocuencia pone á la vista el colmo de felicidad que le esperaba. Las lágrimas de gozo esparcidas por sus renglones son lenguaje seráfico que habla de una región superior, desconocida á los corazones helados y vacíos de

amor de Dios. Dice así la carta, traducida del original que está en latín:

Al Reverendo Señor, Señor D. Juan Berchmans, mi padre amantísimo, en Diest.

La paz de Nuestro Señor sea con V. m.

Para padres que aman el mundo y sus devaneos son de gran fiesta los días en que celebran el enlace de sus hijos con señores y príncipes de la tierra, mayormente si estos traen en pos de sí condición elevada, hacienda y fortuna superior á la suya. ¡Liviano y necio contento! ¡Ojalá no tuviesen que llorar los desventurados y maldecir por toda una eternidad la falsa dicha que tan sin medida ambicionaban para sus hijos! Otra bien diferente alegría ofrece á V. P. mi presente carta, padre querido; alegría pura y sin resabios de vanidad. Alégrese V. m., regocijese con toda su alma, hártese en este manantial de dicha sólida y duradera.

¿Pues qué ocurre? me preguntará V. m.—Lo que ocurre es que el día 25 del actual (así lo espero, Dios mediante), el día 25 de Septiembre vuestro hijo va á morir.—¿A morir?—Si; á morir, pero al mundo, y la muerte de los justos. ¡Oh muerte deleitosa! ¿Muerte digo? No; sino vida verdadera. ¡Ah, si; muera mi alma con la muerte de los justos.—Mas ¿cómo, dónde ha de morir vuestro hijo? ¿Con qué género de tormento?—En la cruz de Jesús, con Jesús, por Jesús, crucificado con los tres clavos de pobreza, castidad y obediencia ¡Oh, válgame Dios, y cuán dulce es morir de esta suerte en la Compañía de Jesús, en los brazos de Jesús!

Alégrese infinito V. m., padre amante. Con tal muerte su hijo no morirá, sino vivirá vida

feliz... ¿Qué mayor felicidad, qué contento mayor para un alma que vivir con un tal Esposo? Quiera la divina bondad que las galas de las virtudes atavien mi alma, y atraigan sobre ella las miradas del Amado. ¡Ah, si me fuera concedido prepararme con pureza y amor tan grande que mis votos sirviesen de banquete acepto á todos los ángeles, á la Virgen bienaventurada y á la Santísima Trinidad!

En adornar mi pobre alma pienso gastar los días que restan según mis fuerzas; ¡pero son ellas tan flacas! Suplico, pues, á V. m., con todo ahinco, por el mucho amor que me tiene, diga á mi intención en la iglesia de Monteagudo tres misas del Espíritu Santo, implorando el favor y protección de la Virgen María. Espero mucho que mis abuelos, y tíos y amigos todos no me negarán el socorro de sus oraciones. Encomiéndome de corazón en los santos sacrificios de V. m.

Malinas, en casa del Noviciado de la Compañía de Jesús, á 2 de Septiembre de 1618.

De V. m. muy humilde y obediente hijo en Cristo.

JUAN BERCHMANS.

En la postdata encarga á su padre algunas varas de diferentes telas para su vestido y ropa nueva.

Como por la carta se ve, el devoto novicio contaba por lo menos con los ocho días de Ejercicios que suelen concederse á los que se preparan para hacer los votos. En ellos pensaba hartar sus inmensas ansias, y actuarse en las virtudes que le hiciesen más agradable á los divinos ojos. Estaba embebecido en este pensamiento, cuando el Padre

Maestro le notificó que no creía del caso hiciese Ejercicios; que á lo sumo le permitiría añadir á la meditación ordinaria algunos ratos de oración, los que pudiese buenamente hurtar á la distribución común del noviciado. Esta suerte de exención fué tal vez la primera nubecilla de tristeza que enturbió la serenidad de su frente, por las veras con que deseaba rehacer las fuerzas y disponer su alma para el holocausto: la nube sin embargo se fué desvaneciendo al paso que se llegaba el tan suspirado día.

¡Día de sagrado júbilo! El teatro del sacrificio es una modesta caan linda capilla, colgada y embellecida por manos de novicios con vistosos adornos de flores y aparato de luces. La elegancia del ornato anda á porfía con la verdad de la devoción. Un altar exquisitamente adornado despide fragancia de aromas que levantan al cielo los corazones. Está oyendo la misa un cortejo de jóvenes, que exhalan tiernos afectos pensando en el día de su venturoso enlace con el Dios de las virtudes.

Entanto que el celebrante, P. Guillermo Bauters, pone fin al augusto sacrificio, abismado Juan Berchmans dentro de sí, prepara la leña del suyo con actos de amor de Dios. Sumido el Sacramento vuélvese el celebrante á la concurrencia y da la bendición. En este momento de profundo silencio, rompe Juan el círculo de los novicios abriéndose paso como un serafín lleno de candor é inocencia, vestido el semblante de devoción; póstrase al pie del altar; con voz afectuosa y firme que pega en los oyentes amor divino, invoca por testigos á su amorosa Madre María y á toda la corte del cielo; promete á la soberana Majestad pobreza, castidad y obediencia perpetua en la Compañía de Jesús, y ofrece incorporarse en ella para en ella vivir per-

petuamente, según las Constituciones de la misma Compañía.—La nube del consumado holocausto sube al cielo, y atrae las miradas de los ángeles. El sagrado ministro como en prenda de aceptación de parte de Dios, regala al divino Juan, con el don que los cifra todos, el cuerpo vivo de Jesús sacramentado, y echa el sello al contrato eterno.

Contaba diez y nueve años y medio el día en que se ató este cautivo de Jesús con las tres cadenas de oro. ¡Alma dichosa, que enjoyada y ennoblecida con las ricas preseas de las virtudes, enamoró los ojos del Esposo celestial!

II

Los Padres de la Compañía, apremiados por la mucha cristiandad de los mercaderes españoles que vivían en la ciudad de Amberes, y favorecidos por la magnificencia de D. Fernando de Frías, después de superar algunos obstáculos, habían logrado el designio de fundar allí colegio é iglesia donde poder ejercitar con libertad los ministerios propios de nuestro Instituto.

A poco de hechos los votos recibió el Hermano Juan orden del P. Provincial de pasar al Colegio de Amberes á empezar el curso de artes. Sus conovicios de Malinas no habían aún tenido ocasión de experimentar como ahora cuán entrañable fuese el afecto que le habían cobrado. Tampoco el bendito Hermano podía esconder la pena al separarse de aquella casa, cuna de su vida religiosa y centro de tantos beneficios. Siguiéronse los abrazos de despedida: cada cual pedía lugar aparte en las oraciones de su compañero, y él les daba bien

á entender que se derretía su corazón como cera, pagándoles con la misma medida, particularmente á su querido maestro, á quien amaba con singular afición. Despidióse del Licenciado Froymont y de los superiores del Seminario; y á 26 de Septiembre, en compañía de otros escolares, partióse para Amberes, distante de Malinas unas buenas cuatro leguas.

Su primer cuidado al llegar fué echarse á los pies del P. Rector, que lo era el P. Walter Clerck, pedirle la bendición y darle entera cuenta del estado de su interior ¹. Como todas las lenguas se ocupaban en su alabanza, y la fama de su perfección, tomando la delantera, se había insinuado en los oídos del P. Clerck, quiso él tomar muy por su mano el pulso á aquella virtud que en boca de todos pasaba por grande y excelente cosa; y parte aconsejado por el espíritu de nuestro glorioso fundador, que apretaba entonces el cerco y abatía la ufanía de sus súbditos cuando los veía más encumbrados en alas de la opinión pública, parte llevado del rigor de su propio espíritu, halló por su cuenta que el fuego lento de la persecución doméstica acrisolaría los quilates de aquella joya, y haría que se mostrase, entre tantas ocasiones, de gran precio y digna de ser estimada.

Tachas no se las habían de notar al observantísimo estudiante, pero daríanles color y cuerpo las sombras con achaque de faltas, y cargarían reprensiones y caladas con rigurosa ejecución. Pecaba otro, pagaba él; informaban contra otro, toda la culpa se la echaban á él; acusaban á otro, daban sentencia contra él; obraba él bien, no ha-

¹ *Conscientiam suam omnem prima statim hora qua Antuerpiam venerat e domo probationis, quum rectorem salutasset simul eidem exposuit.* (Proc. rom., pág. 347.)

cían cuenta; su solo silencio se graduaba de probanza en contra; sospechas eran delitos, apariencias violaciones, descuidos culpas punibles, una faltilla atrocidad mayor: el brazo de la justicia descargaba inclemente sobre la cabeza del imaginado reo con terrible escarmiento.

Pero el colegial filósofo, que tenía por principio adquirir ganancia en el trato con mortificaciones, halló también por su cuenta que no era para malograda la ocasión de enriquecer, que tan sin buscarla se le venía á las manos. El corazón se le dilatava pensando había caído bajo la jurisdicción de un superior que andaba con él sin rodeos ni contemplaciones; y para fin de hacerle menos pesada la tarea, él propio se acusaba públicamente de hacer cosas imperfectas y pedía perdón de sus faltas ¹.

Entre tanto se dejaba probar y callaba, bañándose con el rocío de aquella persecución; si abría la boca, era para decir mil bienes y hablar del P. Rector con satisfacción y reconocimiento. Tanta fuerza le hizo al superior el religioso proceder del súbdito, que viendo que, lejos de torcer el rostro, se careaba con las humillaciones bizarramente y aun las bendecía y agradecía sin deslizar en una imperfección la más menuda, se dió por contento, y con un señalado testimonio, que fué de los primeros del proceso de Amberes, puso más alta la reputación de nuestro Santo.

Dice así el documento: *Siendo yo socio del Provincial, había visto al Hermano Berchmans en Malinas: de su virtud el P. Guillermo Bouters, que le quería en gran manera, me había suge-*

¹ *Vix elapso octiduo dicenda de defectibus generatim culpa eum observatum...* (Proc. rom., pág. 351.)

rido buen concepto; mas ¿qué tiene que ver el que entonces formé de oídas con el que por vista de ojos la experiencia me dictó cuando me propuse pasarla por el crisol? Teníame asombrado su amor á las reglas, su unión con Dios, su humildad, paciencia, delicadeza, caridad. En el breve tiempo que vivió en el Colegio, tuve ocasión de verificar la exactitud de cuanto la fama pregonaba de sus relevantes virtudes. Hasta aquí el P. Rector de Amberes.

Un mes apenas se detuvo nuestro escolar en esta ciudad, y bastó para que resplandeciesen sus virtudes con rayos de celestial hermosura. El P. Diego de Thyri, célebre comentador, conocido vulgarmente con el nombre de Tirino, no reparó en afirmar con juramento cuatro años más adelante, que siendo Prepósito de la casa profesa de Amberes, miraba, y con él juntamente otros Padres, al Hermano Juan como á un Santo. He aquí su testimonio: *Conoci en Malinas y en Amberes á Juan Berchmans, y con él fui muy familiar... y sé que estaba dotado de muchas y varias virtudes, y en particular de la obediencia, no sólo al superior, pero á cualquier Hermano de nuestra Compañía: era humilde, á todos se sujetaba, y en todos los más bajos oficios quería ponerse, con espanto y asombro de Padres y seglares. Muchas veces pidió al Superior mortificaciones extraordinarias... Le tenían los Padres y los que le conocían en posesión de muy gran siervo de Dios; yo en especial siempre le estimé por santo ¹.*

Antes de acabarse el primer mes de su estada en el Colegio de Amberes, á 18 de Octubre, el Rdo. P. Provincial le llamó á la casa profesa, y en-

¹ Proc. rom., pág. 210.

terado de su salud le manifestó cómo la voluntad de Dios era que partiese para Roma con Bartolomé Penneman, joven como él, á proseguir el estudio de la filosofía en el Colegio romano.

De vuelta á casa le salieron al camino los parientes de sus compañeros, no sin mezcla de sentimiento por irseles su alegría y consuelo. Solamente su humildad se componía mal con estas demostraciones de afecto. *Yo no acabo de entender, repetía, qué especie de dotes ni qué caudal de virtud descubren los superiores en mí para enviarme á Roma. Tantos hay, sin salir de casa, que me podrían enriquecer con lo que les sobra*¹. Dos causas, no obstante, le recreaban: el poder venerar de cerca las reliquias de los primeros Padres de la Compañía, y el poder negociar más fácilmente con el P. General que le enviase á la misión de la China².

III

ESTANDO para encaminarse á Roma, quiso escribir al P. Sucquet, su Padre Maestro de primer año, y Rector del Colegio y Noviciado de Malinas, una carta de despedida que exhala fragancia de humildísima gratitud. *Flor aparecida en nuestra tierra que llena de su aroma todo el orbe*: con este rasgo pintaba el P. Sucquet la santidad de Juan Berchmans³, envolviendo en la

¹ *Hactenus cur ego mittar non potui cognoscere: pietate et ingenio quibus opus est, ego careo, abundant alii.* (Proc. rom. pág. 357.)

² Proc. rom., pág. 351.

³ Ibid., pág. 389.

sencillez de esta pintura el cúmulo de virtudes que no sabía declarar. La carta de Juan escrita con motivo de su viaje á Roma, según consta en un códice de la biblioteca de Borgoña, es del tenor siguiente, y responde bien al amor de su Maestro.

Reverendo Padre:

Pax Christi.

Siento suma satisfacción en poder acudir á V. R. como acudiría al Padre del cielo, en cuyo lugar le tengo. Y aunque penetrado de mi indignidad, me presento á Vuestra Reverencia fiado en su bondadoso corazón que no me negará la gracia que sinceramente le pido como hijo á su padre. Esta es, que pues V. R. me ha tratado por espacio de casi tres años, dignese manifestarme los defectos que halló en mí. Porque mis faltas ¡ah! sí, mis faltas son las que me tienen cerrado el cielo, y desvían la corriente de las gracias. Por tanto, Padre mío, si Vuesa Reverencia conserva algún resto de amor á esta alma hecha á imagen de Dios, quíteme la venda de los ojos, por caridad, como amoroso padre, y deme á conocer mis muchas imperfecciones. No sin razón le pido á V. R. este último favor, porque si sin el peso de las virtudes me separo de V. R. cargado de miserias que no echo de ver, ¿quién me ha de corregir? ¿Y quién mejor que V. R. me las puede conocer?

Otra cosa me anda por aquí dentro y pesa sobre mi corazón. No desconozco las molestias que he causado á V. R., y los beneficios que le debo; y quisiera hallar cómo desempeñar tantas deudas: pero ¿qué puedo yo dar en desquite? Lo reconozco, Padre mío, sí; confieso que Vues-

sa Reverencia, me tiene obligado con mil cadenas de finezas. No me queda sino ofrecerme todo en retorno á Vuesa Reverencia, y por más que me veo falto de cosa buena, no puedo menos de poner toda mi persona enteramente á merced de V. P. Mande, pues, Padre mio, en mí, y disponga á su gusto y voluntad. Basta que conozca V. R. la disposición de mi ánimo: que yo harto conocida tengo la de V. R. para conmigo.

Desde que entré en el noviciado no he dejado un solo día de acordarme de V. R. para encomendarle á Nuestro Señor. Y así como no he faltado hasta el presente, así le prometo desde hoy hasta la muerte en dondequiera que me ponga la santa obediencia, conservar en mi pecho viva la memoria de mi caritativo bienhechor.

De V. R. siervo en Jesucristo

JUAN BERCHMANS.



CAPÍTULO VI.

VIAJE DE BÉLGICA Á ROMA.

- I. Comunica á su padre la partida.—Va á Malinas y le anuncian la muerte de su padre.—Da orden en el gobierno de sus hermanos.—Escribe al canónigo Froymont.
- II. Regresa al Colegio de Amberes.—Tedio de la vida.—Sus sentimientos al partir de Flandes.
- III. Sale con otro para la Ciudad Eterna.—Edifican en las casas donde paran.—Se detienen á visitar la Casa de Loreto.
- IV. Carta edificante del P. Bauters al P. Cepari.

I

Los cuatro días que tuvo para cumplir con la familia, fueron muy bastantes para él, que era poco amigo de cumplimientos. Participó de seguida á su padre la disposición del Provincial, y le avisó que estaba con el pie en el estribo para luego pasar á Diest, donde pensaba abrazarle presto y darle el último adiós. Salió de Amberes el sábado, 20 de Octubre, con dirección á Malinas, en cuya ciudad se le preparaba un recio torcedor á su corazón filial.

Es traza muy de Dios aguar los grandes contentos de sus amigos con penas proporcionadas. Fué así, que no bien hubo llegado al Colegio, Oton Esquens, antiguo condiscípulo suyo y recién entrado novicio, corre á echarle los brazos, y te-